
Crítica a una apelación a la libertad en análisis

Juan C. Capo

“¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito en facultades! En su forma y movimientos, ¡cuán expresivo y maravilloso! En sus acciones, ¡qué parecido a un ángel! En su inteligencia, ¡qué semejante a un Dios! ¡La maravilla del mundo! ¡El arquetipo de los seres! Y, sin embargo, ¿qué es para mí esa quintaesencia del polvo? No me divierte el hombre, no. Ni la mujer tampoco, aunque con vuestra sonrisa deis vos a entender que sí.

William Shakespeare, en: *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*. Acto II, Escena II. Alocución de Hamlet en diálogos con Rosencrantz y Guildenstern.¹

Si repasamos el trayecto epistémico de Lacan -los que no hemos terminado de completar esa tarea aun- podremos comprobar como él no pudo avanzar sino a golpes de crítica y autocritica. Lacan accionó sobre aquella materia epistémica que extrajo de los filósofos, de los clínicos de la psiquiatría del siglo XIX, de Descartes, de Heidegger, de Nietzsche, de la psiquiatría forense, con Franz Alexander a la cabeza, y esa *summa* él la modeló, pulió, lustró una y otra vez como “arcilla de escritura”, hasta que desembocó en Freud. Entonces, levantó paradigmas, unas veces los siguió conforme consigo mismo, entusiasta casi; pero otras, se detuvo ante ellos, vencido y decepcionado. Al final, optaba por dejarlos caer o no. Así marcó pautas para proceder, como tirar y extraer un posible modo de quehacer analítico.

En fin, recursos a preservar de sujeto a sujeto, como escribiera Lacan en “El estadio del espejo”, en la versión de Zurich, 1945, que recogió en los Escritos (1966) y así el

1

¹ “What piece of work is a man! how noble in reason! how infinite in faculty! in form and moving, how express and admirable! In action, how like an angel! in apprehension, how like a god! the beauty of the world! the paragon of animals! And yet, to me, what is this quintessence of dust? man delights not me; no, nor woman neither, though by your smiling you seem to say so”. William Shakespeare. *Hamlet, in Hamlet, Prince of Denmark*. Act II. Scene II. Dialogues between Hamlet with Rosenkrantz and Guildenstern. The Illustrated Stratford Shakespeare, Chancellor press. 1982. Printed in Czechoslovakia.

psicoanálisis, concluía en frase de estilo freudiano, “ello *te*² podrá acompañar hasta el límite extático del ‘Tú eres eso’, donde se revela la cifra de tu destino mortal, pero no está sino en nuestro poder de clínicos, el acompañarlos, hasta ese momento en que empieza el verdadero viaje”.

(Oración final de “El estadio del espejo”, parafraseada).

Una característica de la tendencia epistémica de las ideas de Lacan con sus resultancias o consecuencias o efectos que ella hizo posible, fue que no acalló sus objeciones aunque le costaran lo que le costaran. Tuvo que callar, aludir, guardarse de decir, hacer movimientos políticos, basado en nuevas teorizaciones que iban surgiendo de su quehacer productivo con la Cosa freudiana.

En 1946, en polémica con Henry Ey, psiquiatra, colega y amigo, no rehusó emprender regreso a Descartes con las aproximaciones a la locura, que tenía el filósofo que iba con su “calentador” a cuestras y con sus descripciones de “pobres diablos que se creen reyes, estando desnudos, o que se imaginan ser cántaros o tener un cuerpo de vidrio” (Fragmento del “Discurso del método”, transcrito en “Acerca de la causalidad psíquica”)³.

Lacan coincidía, a pesar de sus divergencias, con su colega y amigo, de que al ser del hombre no se lo puede concebir sin la locura, reafirmandose Lacan en que “no sería el ser del hombre si no llevara la locura como límite de su libertad” (...)

En cambio su amigo Henri Ey optaba por el error, por insertar el fenómeno de la creencia delirante en un fenómeno de déficit.

Jean Allouch nos contó que, editado su sólido libro, *El amor Lacan*, y habiéndolo llevado a su amigo Guy Le Gaufey, en pos de su crítica, éste le hizo el siguiente comentario: -“Es indiscutible”- comentario que Allouch lo escuchó como un “elogio asesino”...

El oxímoron apuntaba a que reparara que lo escrito se podía percibir, opinar que el libro ofrecido, tan inaccesible como un risco altísimo, cortado a pico, en suma, era para Guy Le Gaufey, entonces, un trabajo “indiscutible”. Era evidente que su amigo le hacía llegar

² El énfasis en negrita me pertenece.

³ Jacques Lacan, “Acerca de la causalidad psíquica”, *Escritos I*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1946, p.163

de tal modo, sus reservas críticas. Pero, ¿acaso el autor no se lo había llevado para que el amigo le hiciera llegar sus críticas? Que, por otra parte, mucho agradece Allouch, siempre o casi siempre, a modo de ritual, al final de sus textos con agradecimientos de rigor.

Yendo de menor a mayor, los lectores hispanohablantes le debemos un reconocimiento grande a José Ortega y Gasset, quien avizoró tempranamente que había que abocarse sin demora a traducir “todo” Freud. Cuanto antes. Y así, rápidamente, Luis López Ballesteros y de Torres, en un periodo que abarca de 1926 a 1934, traduce la obra de Freud en Biblioteca Nueva, secundado por Ludovico Rosenthal, otro sólido traductor, desde la editorial Santiago Rueda. Y a fines de los años setenta, José Luis Etcheverry, desde Amorrortu, traduce en XXIV tomos verdes, que se han hecho familiares, toda la obra de Freud, nuevamente. Aporte hispanoparlante, bonaerense, gigantesco, que supera la traducción de Meyerson, en París, vapuleada críticamente por sus coterráneos, por cierto, y que empieza a ver la luz allá por 1936.

Ahora bien, ahondando, desde la episteme, uno se atasca un tanto, embarazado de angustia, por afrontar esta instancia de incurrir en el desafío de criticar, así sea parcialmente, los libros de Allouch que empezaron a llegarnos alrededor de los años '90, y pueda puntualizar, sin dudarlo, que trajeron un aire fresco de libertad, por tantas cosas impensables, impensadas; por tantas nuevas articulaciones, por tantas paradojas y sorpresas, aparte de su dominio en los nuevos territorios de la topo-nodología, los redondeles de cuerda y nudos, la creciente influencia de la matemática, y muchas vetas, ora místicas, ora lógicas, ora poético-literarias. Es que aquellos nuevos textos nos encontraban como sumidos en un estupor, en un *impasse*, sin saber qué hacer; esperábamos mirando lo que habíamos dejado atrás, y lo que quedaba atrás no desaparecía: esperabas la diferencia sexual, esperabas la intersubjetividad, esperabas el aquí y ahora, esperabas el Complejo de Edipo, esperabas la ontología, esperabas el trayecto lineal, esperabas el “proceso”, que documentaba el arribo a la meta del psicoanálisis, pensado así entonces, y hasta un obligado proferir propio de fin de cursos: “*Soy analista*”, cuando era necesario quizá, acudir al subjuntivo “*Ojalá fuera analista*”.

Y hete aquí que te encontrabas en región innominada, en trama misteriosa, en Otra Escena, ajena, inubicable, en un lugar de representación inaccesible, que uno se desesperaba por zafar de ahí, o, resistente, se quedaba ahí.

Con estas últimas palabras se incorporan más cosas con que Allouch insistió: el alejamiento que Lacan hizo de Hegel, su no aval al saber absoluto de éste, al gusto por la síntesis de éste, dejar la intersubjetividad, detenerse Lacan en la no inclusión de la realidad sexual en Hegel. Incorporaba Allouch así las contradicciones, las incongruencias, los sinsentidos, lo que nosotros conocemos como “salidas” y en francés se dice “*le mot juste*”.

Invasión de la alteridad. Comienzos de la enajenación

Escribe Allouch (p.69, de su libro *No hay relación heterosexual*):

“El nombre de esta enfermedad que subsume a todas aquellas que se califica de mentales es, con Lacan, la heteropatía,⁴ una enfermedad de la que nadie está exento, pero que se modula de modos diversos”.

4

“Todos somos psicópatas”, escribe Allouch, y a renglón seguido Allouch agrega, con Freud, “porque padecemos de tener un psiquismo”.

“Imre Kertész [sobreviviente húngaro de los campos de exterminio nazi] no lo desapueba cuando escribe en *La última posada*: ‘Me ronda una intensa sensación de inverosimilitud. Me cuesta concebirme como un ser dotado de una psique cuyos actos están guiados por determinadas motivaciones internas.’”

“No es de sí mismo -prosigue Allouch- no es más intensamente por sí mismo por que sufre el sujeto, es del Otro del que tiene, en buena parte, [en su ser], ese cuerpo extraño que lo habita y que se llama síntoma; el sujeto es sensible a su extrañeza, a su extranjería, a su alteridad [...]”

⁴ Los comentarios en negrita me pertenecen, así como los comentarios encerrados entre paréntesis.

El nudo de la libertad

Si acepto, como dice Allouch, que todos somos psicópatas ¿cómo puedo aceptar ir en pos de una liberación, de una tarea que trae apareadas la alienación y la enajenación?

Por el contrario, siento que la tarea es de *deshollinador*, como bien la caracterizó Bertha Pappenheim en su tratamiento con Breuer. (Freud ubica ahí el origen del psicoanálisis, en su “Presentación autobiográfica”).

Y no dejar caer nunca las líneas de este diálogo: No eres ducho en el manejo de esa materia y nunca lo serás. A lo sumo llegarás a una estación, allí donde empieza el verdadero viaje.

Adoptarás una impostura, como reza el título, en mejor traducción de la que circula: “De un discurso que no sea de la apariencia” y entrarás en escena con la impostura del que sabe, pero guardarás silencio, repantigado en tu sillón, procurando ignorar no solo lo que sabes, sino llanamente ignorando lo que ignoras que sabes.

5

Cuando la teoría se hace política

Me asaltan cosas sueltas: sensación de osadía, desafío, traslado al circo y salto como trapecista que lo hace sin red debajo. Recuerdo las amarras de Gulliver en tierra de liliputienses y gigantes; de los tapones de cera que se puso Ulises en los oídos, y las ataduras al mástil mayor, para no oír el Canto de las sirenas: mórbidas siluetas, evanescentes, sombras en la ribera de tierras cubierta de huesos y desechos humanos. Recuerdo de Jonathan Swift: *Una modesta proposición*, escrito satírico, cómico y cruel, que tenía como fin caritativo terminar con la “pobreza en el mundo”: la solución consistía en que los ricos se comieran a los pobres, y se aboliría así la pobreza.

Recuerdo a Foucault en viaje a Irán, enarbolando el morir (liberado), permutándolo por el morir oprimido. Pero sincrónicamente, Foucault recomendaba “no negociar con el terrorismo”, ¿ignoraba acaso que el insurgente régimen teocrático de los ayatolas, lapidaría mujeres, mataría gays, perseguiría judíos? ¿Qué tanto entusiasmo con la tan preconizada libertad iraní? ¿Qué tanta preferencia con la palabra “levantamiento”, contrapuesta a las no menos válidas palabras: “deseo indestructible”?

Quizá haya que dejar de lado el lugar común de “deseo transgresor”, tan lejano a nuestro *imposiblereal*, inmune a la cizalla de la palabra de un agente más o menos dueño de sí, en pos de optar el resto de su vida en una tarea que brega a través de la cizalla de las palabras por perforar oídos sordos y tenaces, que habrán de demandar por ser oídos, más que por permanecer como impávidos oyentes.